

Krešimir Vuković, *Wolves of Rome. The Lupercalia from Roman and comparative perspectives*, Berlin-Boston, Walter de Gruyter, 2023, 320 pp. [ISBN: 978-3-11-068934-1]

Ana Mayorgas Rodríguez

Universidad Complutense de Madrid 
anamayorgas@uclm.es

<https://dx.doi.org/10.5209/geri.94998>

La fiesta de los Lupercalia es, sin duda, una de las más famosas y a la vez una de las más enigmáticas del antiguo calendario romano. Probablemente tenemos más información sobre ella que sobre cualquier otra festividad debido a su relevancia y a su pervivencia en la Antigüedad tardía y, sin embargo, en gran medida sigue siendo un misterio. El libro de Krešimir Vuković *Wolves of Rome (Lobos de Roma)* es precisamente un intento por hacer inteligibles algunos de los aspectos más oscuros del ritual a través de un estudio comparativo con otra religión de origen indoeuropeo, la de la antigua India. Esta monografía, por tanto, no pretende ser un estudio integral de los Lupercalia, aunque abarca prácticamente todos los aspectos destacados de la fiesta. Tampoco se presenta como una historia de su celebración, aunque inevitablemente termina considerando la transformación a lo largo del tiempo. Es, más bien y en esencia, una exploración del origen y el sentido último de la fiesta, que son mucho más antiguos que Roma y que los romanos. El punto de partida del libro es una tesis doctoral defendida en la Universidad de Oxford en 2015. Ocho años más tarde y después de un proceso de maduración, el autor publica esta monografía valiente y sugerente que invita a reconsiderar la utilidad de la perspectiva comparativa en el estudio de las religiones antiguas.

El libro comienza con un acontecimiento histórico, la celebración de los Lupercalia el 15 de febrero del año 44 a.C., momento en el que Marco Antonio ofreció una diadema real a Julio César. Termina con otro hecho histórico, la derrota de los Fabios en Cremera en 477 a.C., y entre medias realiza un viaje de ida y vuelta a las estepas euroasiáticas para encontrar el origen remoto de un ritual que generó una de las fiestas religiosas más espectaculares de Roma. El recorrido es pertinente, pero para exponer el camino intelectual que supone esta investigación resulta necesario comenzar justo en el medio, en el capítulo cuarto. Es entonces cuando el autor revisa la historia de los estudios indoeuropeos, la creación del término “ario” y su vinculación con el imperialismo europeo. También recapitula la utilización del concepto *Männerbünde* (asociaciones o bandas de hombres) por la escuela alemana y revisa la figura de Georges Dumézil, al que la reciente historiografía ha etiquetado categóricamente como fascista por su apoyo a Mussolini. El objetivo de todo ello no es solo calibrar en su justa medida el pensamiento de determinados autores, sino sobre todo defender la recuperación de la perspectiva indoeuropea en el estudio de la religión romana sin las implicaciones políticas y los abusos metodológicos a los que, no hay duda, fue sometida en la primera mitad del siglo XX.

Vuković reclama, así, la utilidad de comparar determinados rituales, mitos y sacerdocios de la religión védica con la fiesta de los Lupercalia, algunos de cuyos elementos clave no eran

comprensibles ya ni para los propios romanos, quienes no iban más allá de tildarlos de antiguos y salvajes, como hace Cicerón. Sin duda, esta falta de explicación es uno de los principales escollos en la investigación. En el caso de la India del segundo milenio antes de Cristo, los textos de la época nos iluminan con cierto detalle sobre la mitología y los ritos asociados de la religión védica. En el caso romano, toda la “mitología” que se puede aducir es la infancia de los gemelos como pastores que tan pronto realizaban expediciones para robar ganado como las sufrían y cuyas carreras por el campo reproducían los luperkos cada año el 15 de febrero. El autor tiene toda la razón al considerar que esta asociación, que gira en torno al Lupercal y a la figura del lobo, no es invento de poetas e historiadores, aunque ha de reconocer igualmente que las razas de ganado de los gemelos no tienen una clara correspondencia en el rito de los luperkos (pp. 110 y 148) y plantea la duda de qué fue primero en este caso, si el mito o el rito (p. 58). Todo depende, en realidad, de dónde situemos el origen del mito de los gemelos, que bien podría ser anterior a la idea de la fundación de Roma. Pero, en cualquier caso, siguiendo el recorrido que nos propone el libro, podríamos concluir que, en esencia, el rito era más antiguo que los gemelos y hundía sus raíces en la expansión hacia Occidente de grupos de pastores seminómadas que fueron los responsables de la dispersión de las lenguas indoeuropeas. A este tema está dedicado el capítulo quinto. En él Vuković defiende que la *sodalitas* de los luperkos se asemeja a una *warband* o *youthband*, un grupo de jóvenes guerreros y que en la tradición indoeuropea se asocian e identifican con el lobo. Un caso bien conocido es el de la hermandad de los *vrātyas* de la tradición védica. Ambos grupos, como la tradición del *ver sacrum* que los autores antiguos vinculan con determinados pueblos del sur de Italia, derivarían en última instancia del funcionamiento de las comunidades de la Edad de Bronce que, según atestigua cada vez con más claridad la arqueología, avanzaron hacia Occidente desde las estepas póntico-caspas en pequeños grupos, predominantemente masculinos, que exploraban en busca de nuevos recursos, en especial pastos para el ganado. Estos exploradores, a medio camino entre lo salvaje y la pertenencia al grupo, querían y creían actuar como lobos desplegando las mismas habilidades como depredadores para dominar el territorio.

La participación en estas “bandas juveniles” masculinas (*youthbands*) requiere en la tradición indoeuropea un acto de iniciación. El capítulo segundo del libro está dedicado, precisamente, a analizar los actos de los luperkos que claramente reenvían a un rito iniciático de cazadores como el mancharse de sangre después del sacrificio, la desnudez o el paso del ocultamiento en la cueva del Lupercal a la salida a la comunidad a través de la carrera alrededor del Palatino. En época histórica los romanos no eran ya cazadores, pero Vuković sostiene que se mantuvo la idea de la iniciación incluso en época imperial cuando solo un pequeño grupo de caballeros participaban en la fiesta como sacerdotes. No queda del todo claro qué cambio simbolizaba la fiesta para sus protagonistas porque, como el propio autor indica, no se trataba del paso a la edad adulta que venía marcado por los *Liberalia*. En cualquier caso, la fiesta tenía una mayor complejidad y el público terminaba siendo igualmente protagonista del ritual, en especial las mujeres que se dejaban azotar por los luperkos con la esperanza de mejorar su fertilidad. El segundo capítulo reivindica también, así pues, el importante papel femenino en los *Lupercalia*, y la carga sexual y la reafirmación masculina que suponían la desnudez y los látigos de los luperkos, mientras que el capítulo tercero aborda la naturaleza liminal del festival. Esta viene representada tanto por celebrarse en el mes de febrero como por el comportamiento salvaje de los luperkos, en imitación de Rómulo y Remo, que contrasta con las prohibiciones que debía respetar el flamen de Júpiter, quien también participaba en la fiesta. El carácter liminal y de “alteración del orden” que representa los *Lupercalia*, junto con otras fiestas como los *Saturnalia*, es sin duda el elemento que mantuvo viva su celebración hasta la Antigüedad tardía cristiana, cuando los participantes pasaron a ser actores y los azotes de los luperkos se convirtieron en verdadera flagelación pública como si se tratara de un espectáculo más de entretenimiento para la plebe de Roma (pp. 65–68).

El capítulo sexto se centra en la figura de Fauno como dios principal del Lupercal y en su comparación con el dios védico Rudra. El autor desgrana las evidentes similitudes entre ambas divinidades, lo que le lleva a defender que, en el caso romano, las figuras de Fauno y Silvano eran originariamente epítetos de una misma deidad –ambivalente por ser a la vez salvaje pero

también favorable al ser humano– que terminaron evolucionando como divinidades distintas. Esta mediación entre naturaleza y cultura es también objeto de estudio en el siguiente capítulo, el séptimo, en el que Vuković aplica al mundo indoeuropeo la fluidez e interconexión entre humanidad y naturaleza que el antropólogo Philippe Descola ha detectado en comunidades de la Amazonia y Oceanía. También las estructuras binarias de frío-caliente, arriba-abajo o mojado-seco. En este caso, los ejemplos de la religión védica son más abundantes que los romanos y estos exceden la fiesta de los Lupercalia para incluir otras celebraciones como los Matralia o el *Equus October*. Por último, el octavo capítulo está dedicado a los Fabios, uno de los clanes cuyos miembros, según las fuentes antiguas, tenían el privilegio de ser lupercos, y a su asociación en la historiografía antigua con los caballos y con la rapidez, elementos vinculados originariamente con las “bandas juveniles” (*youthbands*) indoeuropeas.

Esta escueta enumeración de los temas tratados en el libro puede servir de guía básica al lector, pero no hace justicia a la complejidad y riqueza de la monografía. Su autor demuestra una amplia erudición sobre los estudios indoeuropeos, la religión romana y en realidad sobre la Historia Antigua en general. Como él mismo indica, su perspectiva comparativa no se limita a listar similitudes, sino también a considerar y explicar las diferencias. Es deudor de una línea de investigación representada especialmente por Georges Dumézil, pero a la vez es crítico y consciente de las limitaciones o dificultades con las que en ocasiones se topa la comparación con la religión védica. Su interés principal es iluminar la tradición romana en aquellos aspectos esenciales que remontan a un tiempo lejano, pero a la vez no desatiende la diacronía y los cambios sustanciales que alejan la práctica ritual romana del momento en el que las comunidades de la Edad de Bronce se extendían hacia el Occidente europeo. Sin duda, en este complejo ejercicio intelectual no todas las piezas encajan a la perfección –¿lo hacen alguna vez?–. El autor es también consciente de ello; y en la reseña que el libro ha recibido en la publicación digital *Bryn Mawr Classical Review* (2023.10.33) por parte de otro experto en la fiesta de los Lupercalia, Alessio Quaglia, se indican algunas de estas disonancias como, por ejemplo, el hecho de que la tradición romana vincule a los lupercos, no tanto con lobos, como con machos cabríos, a pesar de su nombre. No hay duda, por tanto, de que quedan aspectos por resolver, que ponen de manifiesto la dificultad de conjugar fuentes de distinta cronología y naturaleza para comprender ritos que perduraron durante miles de años. Sin embargo, ninguno de estos aspectos desmerece el libro, que acumula varios méritos más allá de la erudición. Uno de ellos es el de no navegar por el cauce de la moda investigadora y resistirse a la cancelación completa de paradigmas anteriores. En una dinámica internacional en la que solo parece tener verdadero valor académico el último enfoque utilizado, es liberador leer una monografía que, de forma crítica y constructiva, revisa antiguas aproximaciones para explorar lo que todavía pueden aportar a la investigación en el presente. Otro mérito es el de poner en valor la larga duración de determinados aspectos de la religión romana y reflexionar sobre su transformación a lo largo del tiempo. No todo surgió con la fundación, como las fuentes parecen hacernos ver. Los romanos eran herederos de una práctica ritual muy antigua, que en ocasiones, como sucede con los Lupercalia, ni ellos mismos podían explicar por completo. El libro de Krešimir Vuković demuestra que con un concienzudo estudio comparativo esos elementos pueden cobrar sentido. Por todo ello, *Wolves of Rome* ha de considerarse una obra imprescindible dentro de los estudios de la religión romana.